

Ágora

o la manipulación de la historia

Por ARÍSTIDES O'FARRILL

Durante el pasado mes de abril estaba previsto, según la cartelera digital del ICAIC, el estreno del filme español *Ágora* (2009), una de las películas más rabiosamente anticristianas que recuerde quien escribe estas líneas. Dicho filme estaba programado para exhibirse justo en la Semana Santa, exactamente el día de jueves santo, lo cual hubiera sido, en el mejor de los casos, contraproducente. Desconozco a ciencia cierta las razones por la que fue eliminada de la programación, pero hasta donde he podido averiguar en algún momento se exhibirá. La esencia de esta película es que la pasión redentora de Jesús fue a parar a sacos rotos, pues sus seguidores, llamados a propagar el Evangelio a todas las naciones mediante la predicación y el ejemplo, desvirtuaron este mandato e impusieron la fe cristiana a fuerza de sangre y espada.

El director

El realizador de *Ágora* es el chileno, nacionalizado español, Alejandro Amenábar, nacido en 1973 y reconocido como uno de los más exitosos realizadores del cine iberoamericano. Amenábar, luego de varios cortometrajes muy bien recibidos, logró debutar por la puerta ancha en el largometraje de ficción con *Tesis* (1996), una obra de suspenso, tramposa, pero efectiva, que giraba sobre las *Snuff Movies* (películas de violencia real). En este filme Amenábar dejaba entrever cierto gusto por lo esotérico y por las antiguas religiones paganas. Esta tendencia se reafirmó con su filme inmediato, *Abre los ojos* (1997), *thriller* fantástico que apuesta tanto por la existencia de mundos paralelos como por el cuestionamiento de la autenticidad del mundo en

que vivimos. Con su siguiente filme, *Los otros* (2000), dejó clara su ideología, a la vez que mostraba sutilmente el sesgo anticristiano. Se trata de otro *thriller* fantástico en el que no solo se pone en duda si es real el mundo que habitamos, sino que muy a tono con el “movimiento de la otredad”¹, cuestiona las normas del mundo occidental, en particular las de raíces cristianas. Así, en unos diálogos sagazmente elaborados entre la protagonista, una cristiana puritana, y “los supuestos muertos” se expone que los valores cristianos que ella encarna van a desaparecer y en su lugar volverán “los otros”, los paganos, que se creían fenecidos. Un ataque frontal a la esencia del cristianismo ante la realidad del dolor, representa su siguiente filme, el más que sobrevalorado *Mar adentro* (2004), melodrama que busca manipular sentimentalmente al espectador para la causa pro-eutanasia, a la vez que ridiculiza de manera caricaturesca, en la piel de un sacerdote grotesco e insensible, a los defensores pro-vida.

Ágora

Ágora es el proyecto más ambicioso no solo de Amenábar sino de toda la historia de la cinematografía española, industria que por primera vez sin la ayuda de las coproducciones, se lanza a producir un filme épico-histórico, lo que equivale a la costosísima reconstrucción de época, el movimiento de extras o las filmaciones en locaciones extranjeras. Para asegurar su impacto internacional, está hablada en inglés y cuenta con un reparto cosmopolita encabezado por la famosa actriz inglesa Rachel Weisz, premio Oscar. Curiosamente, el resultado de esta costosísima empresa se saldó con un estrepitoso

fracaso comercial y de crítica, descalabro que algunos empiezan a comparar con los mastodónticos fiascos de los filmes épicos hollywoodenses, como fueron los casos de *Cleopatra* (1963) y *Las puertas del cielo* (1980). En España se estrenó en la mayoría de las salas existentes, con una agresiva campaña publicitaria que se tornó más feroz tras el fracaso inicial, pero solo logró que el filme estuviera en los primeros lugares de taquilla unas semanas. Es obvio que la intención de Amenábar, de sus productores y distribuidores, era que *Ágora* se convirtiera en un éxito internacional. Pero hasta el presente no ha encontrado distribuidor allende al Mediterráneo. Su paso por el Festival de Cine de Cannes fue menos que discreto. Por supuesto, habrá mentes calenturientas que culpen del fracaso a una maniobra secreta del Vaticano, o del Opus Dei. Pero basta recordarles que otras películas anticatólicas, o que han recibido críticas por parte de la Iglesia, han ganado en festivales y han tenido éxito de taquilla, sin mayores problemas. La propia *Mar adentro*, Oscar al mejor filme extranjero, y la reciente *Avatar*, del norteamericano James Cameron, la cinta más taquillera de la historia, son claros ejemplos.

El problema de *Ágora* es que sencillamente no es una buena película. Por ejemplo, el reconocido crítico español Quim Casas, de la revista cinematográfica *Dirigido*, una publicación de perfil liberal, declaró sobre esta obra: “Amenábar, pugnando entre su megalomanía y su sentido más intimista y contenido del relato (...) ha hecho un filme muy dialogado, incluso discursivo, para explotarlo, venderlo y rentabilizarlo como una muestra perfecta de cine histórico-espectáculo, y eso, sin ser un contrasentido, tampoco llega a

ser una virtud; otros (...), fracasaron antes que él (...). Ahí está el detalle. Esos otros a que se refiere Casas son aquellos denostados péplum-bíblicos que Hollywood, primero en los años 40-50, y luego las cinematografías más importantes de Europa Occidental, en los 60, intentaron convertirse en arte. O si se quiere, otros filmes un tanto más serios, como los realizados por los directores norteamericanos Anthony Mann, George Stevens y Nicholas Ray, bajo la égida del productor Samuel Bronston. El asunto es que aquellos filmes, de manera más comercial o más seria, representaban a la figura de Jesús, la del nacimiento del cristianismo, o la de personajes y hechos del Antiguo Testamento. “Una de romanos”, como se les bautizó despectivamente en España. Aquellas películas a la postre le causaron a la fe cristiana más perjuicios que beneficios, pues les faltaba rigor teológico e histórico. *Ágora* sigue el mismo estilo de aquellos filmes; es una cinta épico-melodramático, con una heroína trágica (la citada Weisz), una suntuosa puesta en escena, gracias a su más que generoso presupuesto, pero que no logra alcanzar a otros filmes por el estilo, como *Gladiator* (1999), Ridley Scott. El problema con *Ágora* es que sigue la estela de aquellas películas bíblicas, pero a la inversa: el mundo pagano era el realmente civilizado y los barbaros cristianos lo destruyeron.

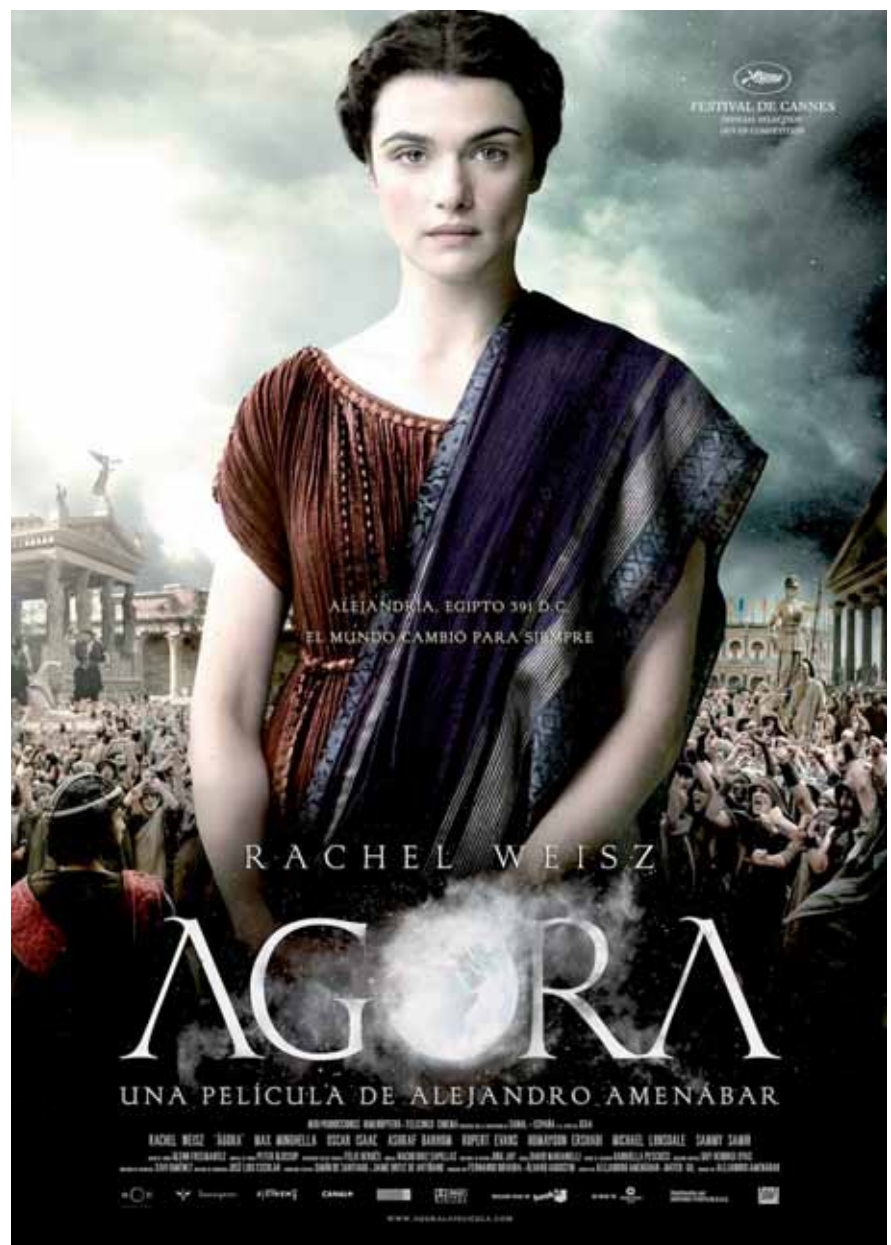
El cristianismo, la época, el contexto

La historia del filme se ubica en la Alejandría de a finales del siglo IV, época del cristianismo en expansión en Oriente y Occidente, por lo que en dicha ciudad ya las religiones paganas vivían procesos de decadencia interna y comenzaron a perder intereses. Por su parte los exiliados judíos, que conservaban su religión original, eran una minoría exigua. En manipular esta historia es en lo que muestran su mayor pericia Amenábar y su guionista, Mateo Gil. A medida que la historia avanza se hace evidente que la intención no es la búsqueda de la verdad, “ni anclar

en el pasado para demostrar la crisis de valores del mundo actual”². Su intención última es desacreditar al cristianismo mezclando hechos reales con medias verdades y llanas mentiras. Parte de la estrategia actual de los medios para desprestigiar al cristianismo es ir a la raíz, al comienzo de la expansión del Evangelio, y exponer que como reza el viejo adagio, “la historia la escriben los vencedores”. Luego el cristianismo, tras imponerse a las religiones paganas, falseo la historia. A esto se une la estrategia de hurgar en tiempos pretéritos, perdidos en la bruma de los tiempos, de los que es difícil tener una infor-

mación científica plenamente veraz, lo cual hace más fácil confundir al espectador promedio y a cualquiera que no tenga un conocimiento profuso de historia antigua. Es esto lo que propone en esencia la novela *El código Da Vinci* y es la operación que realiza *Ágora*, cuya intención consiste en atacar la intolerancia y el fundamentalismo religioso, pero no lo hace de manera limpia y son indiscutiblemente los cristianos los que peor parados salen.

La Alejandría pre-cristiana que nos presenta *Ágora* es un oasis de tolerancia en el que convergen las diferentes religiones, que exponen sus diversos



puntos de vistas en el *Ágora*³, o centro de la ciudad donde se debatían las diversas corrientes religiosas. Algo así como la utópica, “Alianza de las civilizaciones”, propugnada por el presidente del Estado español, José Luis Rodríguez Zapatero, y que en *Ágora* parece hallar su referente audiovisual. Esta Alejandría faro de intelectualidad y pluralismo cultural que nos presenta el filme, fue así solamente en parte, pues si bien es cierto que era un importante centro de cultura universal, a la vez cargaba con la más oprobiosa esclavitud. Era como todas las sociedades antiguas, una rígida sociedad de castas, donde los iletrados representaban poco menos que no personas y las mujeres y los niños apenas contaban. El caso de Hipatia, la protagonista, fue excepcional, pues fue su padre, una de las personas más importantes de la ciudad, quien le permitió ser la filósofa y astrónoma pionera que recoge la historia. Por cierto, la Hipatia real, cuando se dio a conocer, tenía 60 años y probablemente nunca poseyó la belleza de la Weisz, una de las actrices más hermosas del cine actual, en lo se ve otra maniobra engañosa de Amenábar, al estilo de las que realizaba el peor Hollywood, con las mutaciones de personajes históricos reconvertidos en rutilantes bellezas, en particular las figuras femeninas. Otro aspecto manipulado es el trato a los esclavos, como si fueran sirvientes, cuando en verdad recibían el tratamiento de esclavos, por parte de Hipatia y los demás individuos libres.

Hay tres elementos universalmente aceptados por la historia que Amenábar revisa astutamente. El martirio y la persecución de los primeros cristianos son presentados en el filme como fruto de una guerra de religiones en la que, no podía ser de otra manera, los cristianos fueron los principales instigadores. Por tal motivo los santos asesinados por defender pacíficamente su fe, luego considerados mártires, solo fueron caídos en combates violentos, como se presenta en una ridícula secuencia en que el patriarca de Alejandría le promete a la víctima de una batalla elevarlo a los altares. El otro elemento es la liberación de los esclavos, que en otra

secuencia mejor resuelta e igual de astuta, cuando el líder cristiano Amonio (Ashraf Banhan), presentado como un violento agitador, libera al esclavo Davos (Max Minghella), con el interés de que este se le una al combate contra los paganos, se nos quiere sugerir que el objetivo de tal liberación era reclutar soldados y no realizar un acto humanista y de grandeza evangélica. El tercero es la conversión de las autoridades políticas y religiosas paganas. Resulta cierto que en toda conversión “hacia arriba” siempre late la sospecha del oportunismo, pero es totalmente falso que todos lo hicieran movidos por esta mezquina razón. Ejemplos sobran en la historia de conversos porque descubrieron en Jesús la única fe auténtica y liberadora.

El hecho histórico real que más acentúa Amenábar es la persecución contra Hepatia por parte de los cristianos capitaneados por la discutida figura de san Cirilo de Alejandría, patriarca de esa ciudad, quien asumió la diócesis en el momento en que el cristianismo se convertía en religión oficial, después de un siglo de estar marginada y perseguida. La figura de Cirilo, encarnada por el actor Sami Samir, es representada de la forma más siniestra posible, vestida todo el tiempo de negro, con una expresión sádica y un modo de proceder manipulador, violento, que aprovecha su autoridad para corregir violentamente cualquier disenso del cristianismo. Es cierto que san Cirilo fue un hijo de su tiempo, por lo que los hechos no se pueden sacar de contexto a gusto. La historia lo recoge como un celoso guardián de la fe que, junto a obras positivas, confundió su misión con el poder temporal y, como siempre le ha sucedido a la Iglesia cuando se une al poder, malentendió su autoridad e incurrió en errores, entre ellos la destrucción de los templos paganos, verdaderas joyas arquitectónicas. En esa destrucción el filme pone su mayor acento, presentando a los cristianos como unos fanáticos fundamentalistas, cegados por una fe absurda, y no lo que realmente pudo haber sucedido, que guiados por las Sagradas Escrituras, a las cuales tam-

poco se les puede sacar de contexto, creyeron que aquellos templos en que se rendía culto a los ídolos paganos y se practicaba todo tipo de excesos sexuales eran un afrenta al Dios viviente y, por tanto, debían ser destruidos. Otro hecho histórico manipulado por el filme es la persecución a los judíos, que si bien la hubo, fue como respuesta a las agresiones de estos últimos contra los cristianos, aunque no se puede dejar de reconocer que la reacción de Cirilo y los suyos fue desproporcionada. A las vejaciones y humillaciones recibidas de los otros, destruyeron sus hogares y les expulsaron de la ciudad, olvidando así por completo el mensaje de mansedumbre y tolerancia de Jesús. Por cierto, quienes destruyeron la famosa biblioteca de Alejandría fueron, primero, dos emperadores romanos y luego, siglos después, los musulmanes y no los cristianos como se deja entrever en el filme. Claro está, en “la alianza de las civilizaciones” se puede atacar al cristianismo, pero no al islamismo. ¿Casualidad o temor por su avance como religión y poder en la Europa actual?

Otra trampa histórica de la película es la misoginia de Cirilo y su particular ensañamiento contra Hipatia. En particular la película lo señala como culpable del trágico final de esta. Es cierto que Hipatia fue perseguida y su triste destino ocurrió a manos de una turba de cristianos. Pero no hay pruebas históricas de culpabilidad en el suceso por parte de Cirilo, ni de que éste para condenarla manipulara las Sagradas Escrituras, utilizando uno de los textos misóginos de san Pablo -también leído y citado fuera de contexto-, como aparece en el filme, para lograr mayor desconcierto en el espectador promedio. Tampoco es verdad que su destino se sellara de la manera melodramática en que aparece al final del filme, representado de esa manera para brindarnos a una Hipatia mártir del paganismo. *Ágora* concluye con unos letreros que nos dicen que este siniestro personaje que acabamos de ver es santo y doctor de la Iglesia, para que el espectador se lleve la imagen de qué catadura tienen los individuos que la Iglesia eleva a los altares.



Por supuesto que el utilizar a Hipatia como protagonista no es casual. A tono con la ideología de género se considera que la Iglesia Católica discrimina y margina a la mujer, al no permitirle el ministerio sacerdotal. Es cierto que en la Iglesia actual falta terreno por recorrer en lo tocante a una mayor integración de la mujer, pero el filme no busca ese reparo, que el finado papa Juan Pablo II reconoció hace varios años, sino que intenta decirnos que todo comenzó con Hipatia, que viene a ser también la pionera de una larga cadena de discriminación contra la mujer por parte de la Iglesia. Pero hay que ver cuál es la situación de la mujer en los países donde el cristianismo no ha podido llegar, o ha sido desplazado, como es el caso del propio Egipto.

Tampoco es causal que el lugar que se seleccionó fuera precisamente Egipto, de los sitios antiguos, uno de los pocos donde las mujeres alcanzaron cierta notoriedad. Pero insisto en que la situación de Hipatia en Alejandría y, antes, de su compatriota Cleopatra en Egipto y en casi todo el mundo

conocido era excepcional. Lo que encontró el cristianismo a su llegada fue una discriminación de género bastante extendida. Salvo raras excepciones, la mujer ascendía socialmente si era bella y regalaba sus encantos, los cuales, debido al estándar de calidad de vida de entonces, se extinguían rápidamente. Si alguien encontró respeto a su dignidad con la llegada del cristianismo fueron la mujer, el marginado y el esclavo, quienes fueron tratados de un modo completamente distinto a como lo hacía el resto de las religiones del mundo antiguo. Por lo tanto la esencia de *Ágora* se estrella contra el muro de la verdad histórica.

Si el cristianismo se hubiera impuesto mediante la violencia, la intolerancia y el fanatismo, no hubiera sobrevivido a los tiempos. Imperios, dictaduras y totalitarismos han pretendido o pretenden sobrevivir mediante estos métodos, pero han fracasado o fracasarán.

Siempre recuerdo una frase que mi difunto amigo, el padre Mariano Arroyo, solía repetir en sus homilias: “Si Cristo no hubiera venido, la humanidad

estaría mucho, pero mucho peor de lo que está”. Pues la mayoría de los logros que en materia de derecho y dignidad de la persona humana ha logrado la humanidad en estos últimos siglos, tiene su raíz en Jesús y en el cristianismo, a pesar de las muchas sombras que han acompañado a la difusión del Evangelio y que la propia Iglesia ha reconocido, a veces tardíamente.



Notas:

(1). Es entre otras acepciones un movimiento difuso y no gremial, nacido al calor de la postmodernidad, que tiene una vertiente positiva, la defensa de los que históricamente han sido discriminados por razones de raza, sexo, región u orientación sexual. La vertiente negativa es que suelen rechazar en bloque los valores de la tradición judeo-cristiana, exponiendo en algunos casos que estos deben ser sustituidos por el culto a las religiones orientales, al esoterismo, al espiritismo y al New Age.

(2). Declaraciones de Amenábar citadas por la revista *Cinemania*, octubre, 2009, # 169.

(3). *Ágora* se denominaba a los centros de debate e intercambios de ideas que se suscitaban en plazas públicas o comercios de la antigua Grecia, fundamentalmente, pero también en Roma, Alejandría y en las colonias helenizadas imbuidas por el espíritu cosmopolita-filosófico de matriz greco-romana.